

EL PRECIO DE UNA ERRANCIA(*)

Francois Sauvagnat.

Psicoanalista

Quisiera situar de entrada mi intervención haciendo referencia a una práctica que observó un funcionario local del Imperio Británico: a fines del siglo pasado en India, cerca de Bombay, en aquella época existía un famoso mercado, que tenía lugar en los montes Mahadéo; la principal atracción de las festividades era el suicidio de jóvenes hombres, que se arrojaban de lo alto de un acantilado a 150 metros en honor al dios Mahadéo.

¿Cómo se explican sus conductas? Estos jóvenes realizaban un voto formulado por sus propias madres antes de venir al mundo. Estas eran mujeres estériles que suplicaban al dios Mahadéo que les concediera la fecundidad, a cambio, prometían ofrecerle sus primogénitos. El muchacho designado es puesto al tanto del voto de su madre en el momento de la pubertad. A partir de ese momento, lleva la vida de un monje mendicante, visita todos los templos del dios, y llega al monte Mahadéo en el momento de la fiesta anual, para precipitarse desde lo alto del acantilado. Si le faltaba el coraje de morir, emprendía durante un año su errancia. Como máximo se le acordaba una prórroga de un año suplementario. Después del cual debía precipitarse al vacío. La historia, por supuesto no relata lo que le sucede al pobre desgraciado si retrocede por tercera vez...

En esta práctica ritual, podemos situar de entrada el precio, el valor que puede tener esta conducta de errancia. Siendo aquél de una deuda a pagar, de una deuda exorbitante frente a la cual la existencia del sujeto no tiene el más mínimo valor puesto que ella está contra toda mucha antes de su llegada al mundo, y a partir del momento en el que le es **Por el término de errancia se puede caracterizar el comportamiento y la posición subjetiva de un cierto número de jóvenes que se prostituyen.**

desvelado su destino, lo propulsa a esa errancia, que preludia la muerte real, incluso si en varios aspectos mina la realización.

Me parece que esta práctica tradicional, en su radicalidad nos introduce de la mejor manera a la problemática de la errancia.

Por el término de errancia se puede caracterizar el comportamiento y la posición subjetiva de un cierto número de jóvenes que se prostituyen. Si he propuesto este término, es porque a mi parecer permite examinar bajo un nuevo aspecto la posición subjetiva de un cierto número de jóvenes –y los menos jóvenes también- de un verdadero extravío, de una desorientación subjetiva, que me parece caracterizarlos mucho mejor que la implicación en las prácticas delincuentes o toxicómanas.

Quisiera señalar una ambigüedad del término errar en francés (también válido para el español). Este deriva, nos enseña el diccionario etimológico de Bloch y Warlburg², de la confusión de dos palabras diferentes. La primera viene del latín *errare* que significa equivocarse o extraviarse. La segunda es un verbo antiguo que significa simplemente progresar, avanzar, caminar, en este sentido se decía igualmente *oirre* (en viejo francés).

En el último sentido, errar se utilizaba principalmente para los peregrinos, a quienes una cierta indigencia podía eventualmente acercarlos más a la vida eterna. Así, los monjes errantes que son tan numerosos en muchas religiones (tradiciones católica, hinduista, budista) o bien las errancias tradicionales de los pueblos gitanos, que durante largo tiempo, han presentado su desplazamiento como peregrinaje a partir del siglo XV en Occidente³.

Esta "cobertura", por otro lado, ha sido retomada por los bribones, los "mendigos", "los hijos de Caín", como los denomina en su reciente estudio el historiador polaco Bronislaw Geremek⁴; estos estafadores rápidamente devinieron, gracias a la literatura española, los héroes de las novelas "picarescas", erigiendo una figura eminente de la modernidad.

Otro caso, recientemente recordado por J. d'Ormessons es la figura medieval del infiel errante, como la figura de Boutedieu, quien habría sido conde-nado a errar hasta el infinito por haber burlado a Cristo el viernes santo, o aquella de Malc, muy cercana al personaje de Judas, haciendo notar leyendas similares españolas; o aún Ahasvérus el zapatero errante, que no aparece sino tardíamente, a fines del siglo XVIII⁶. Digamos

rápida­mente que al inicio esta tradición era del todo antisemita, pero con el romanticismo, este tipo de errancia es considerada como generalizada: cuando W. Goethe o Adalbert Chamisso⁷ retoman el tema, es en el fondo para afirmar que somos todos errantes, en tanto que hombres modernos y sujetos de la ciencia.

Es bastante interesante notar que el "infierno", puesto de relieve hace ya algunos años por el sociólogo F. Dubets como característico de los jóvenes salidos de "ciudades obreras", "con problemas", desempleados más o menos violentos, si al principio connotaba un malestar existencial, ahora tiende a designar una suerte de elección de vida que es análoga, guardando las proporciones, con el destino de los bribones descritos por Geremek.

Aquello a lo que apunto con el término de errancia es algo evidentemente diferente, puesto que se trata más bien de cercar una posición subjetiva que de detenernos en las envolturas sociales que, por supuesto, no han de ser descuidadas ni ignoradas.

"Juventud abandonada" e "impostores"

En el fondo, la población a la que aquí apuntarnos lleva, en la tradición psicoanalítica, tres tipos de etiquetas, que quisiera recordarlas brevemente: "juventud abandona-da", impostores y "conductas antisociales".

Can los términos "juventud abandonada" (*verwahrloste Jugend*)⁹ August Aichhorn designaba los hijos maltratados, abandonados, en conflicto masivo con su familia, y sobre todo persuadidos que el orden del mundo estaba constituido según un modelo de agresión frustración del cual es absolutamente imposible salir. A propósito de varios casos, Aichhorn mostró en que medida, incluso con niños agresivos, una maniobra educativa terapéutica era posible, pudiendo hacer aparecer una situación nueva para ellos: tener el derecho de sobrevivir sin tener que mostrarse agresivo. O más precisamente para retomar la problemática que me parece importante en estos casos: que su existencia pueda no ser puesta en duda, que tenga verdaderamente un valor.

Del mismo modo, cuando K. Abraham, en 1925¹⁰, evoca "la historia de un caballero de la industria", un estafador y artista plástico que al comienzo le parecía completamente irrecuperable, inclasificable, retomando un término consagrado por el uso, para mostrar con gran sorpresa, un buen día, que este estafador dejó de estafar y de errar de ciudad en ciudad, de cárcel en cárcel. Pues había encontrado una mujer que le demostró que él podía ser otra cosa que el patito feo de su familia, odiado por su padre y dejado de lado por su madre. En el fondo, saben que Edgar A. Poe¹¹ decía que la estafa era lo propio del hombre, esta mujer llegó a probarle la existencia de un más allá de la estafa, en donde él podía tener un valor indiscutible.

Winnicott y las "conductas antisociales"

Un más allá de la errancia y de la estafa, es aquello que Winnicott describe cuando habla de "conductas antisociales", publicado en 1956¹². Recordemos que con estos términos, el celebre psicoanalista inglés, no apuntaba a una delincuencia organizada, sino al resultado de lo que él concebía como las privaciones, destetes afectivos derivados de unó insuficiencia en los cuidados maternos. Esta causalidad ha sido muchas veces critica-da, y de seguro no recubre todos los casos que podemos encontrar. Así, por ejemplo, el psicoanalista americano Karl A. Menninger¹³, mostró hasta que punto una educación demasiado solícita, infantilizante, podía precipitar a ciertos sujetos a una realización particularmente cruda de la pulsión de muerte, haciendo de ellos, en el mejor de los casos, unos eternos niños de pecho.

No obstante, podemos reconocerle a Winnicott haber sabido descubrir los mecanismos esenciales de estas conductas, principalmente el hecho de que el niño a través de sus descarríos de conducta más o menos ruidosas y desesperadas, pone en evidencia que algo le faltó, algo a lo cual él tenía derecho; que este algo no es negociable a priori, y que su comportamiento, en el fondo, es una reivindicación, una protesta contra esta carencia: la conducta antisocial, para Winnicott, deja *esperanzas*¹⁴. Hace de la conducta antisocial una

conducta de llamado: Pero deja en la sombra un punto importante que se desprende, sin embargo, de su texto: el objeto de reivindicación es el valor, el precio que el sujeto mismo pueda tener en el seno de la constelación familiar y parental en la cual vino al mundo. Este valor es, en esos casos, algo que, desde su punto de vista, no puede ser negociado y es precisamente aquello contra lo cual el sujeto protesta. Este texto de Winnicott debe ser confrontado a otra serie de textos (es sabido que Winnicott ha escrito mucho sobre la delincuencia), de los cuales tomaré sólo tres. Primero, una conferencia que he traducido recientemente, y que habla de la primera práctica de Winnicott en un centro de jóvenes adolescentes refugiados de la segunda guerra mundial¹⁵. Allí él describe el problema existencial fundamental de esos niños que es la supervivencia. Lo que nos acerca a nuestro tema.

A propósito de varios casos, Aichhorn mostró en que medida, incluso con niños agresivos, una maniobra educativa terapéutica era posible, pudiendo hacer aparecer una situación nueva para ellos: tener el derecho de sobrevivir sin tener que mostrarse agresivo.

Los otros dos textos son: "Objetos y fenómenos transicionales"¹⁶, donde insiste sobre el hecho de que el "first not-me posesión"(*) es su ser mismo, algo de lo que él no puede decir, a propósito de lo cual no puede más que mentir, y el resultado, aún ahí, de la posición en la cual es mantenido por su familia. Es decir, que expresa de un modo invertido la posición en la cual su entorno simbólico lo sostiene. Por último, otro texto, "La cuerda: un aspecto técnico de la comunicación"¹⁷, pone en evidencia el hecho de que si un niño es mantenido en la carnicia en cuestión, un cierto tipo de separación se revela imposible: no puede existir como separado.

Es evidente que aquí esta imposibilidad de separación es desde ya simbolizada; el problema no era tanto que no podía separarse particularmente de su madre sino que este niño no podía parar de jugar con una cuerda, y ataba todo lo que le caía bajo sus manos, de un modo totalmente compulsivo.

Es precisamente una característica de los sujetos de los cuales nos ocupamos: su errancia, paradójicamente, resulta de una imposibilidad de separación, y están tanto más encadenados a esta errancia cuanto que rechazan toda actividad contractual que pueda asegurar un lazo social estable. Todo transcurre como si esta deuda a pagar, contratada las más de las veces por su entorno familiar en su nombre, se encarnara de tal modo en ellos que anula completamente el valor de lo que se puede presentar frente a ellos como posesión propia, como los fieles del dios Mahadéo.

Por supuesto que abundan los ejemplos de esta anulación: la mayor parte de los sujetos que vienen a vernos se presentan sin documentos de identidad, y frecuentemente no sólo hay que hacerles los trámites sino también conservarlos. Otros nos confían objetos personales como si fuéramos el monte de piedad (suerte de banco social hipotecario en el que se presta dinero a cambio de objetos dejados en garantía), y vienen periódicamente a inspeccionarlos para verificar su existencia, que para ellos es altamente improbable. Pensemos también las numerosas inhibiciones intelectuales que pueden presentar dichos sujetos, para quienes falta la confianza mínima para aceptar recibir el saber en un aprendizaje.

Pensemos igualmente la manera espectacular con la cual el dinero de la prostitución viene a ser las más de las veces dilapidado, a tal punto que ciertas reglamentaciones policiales del siglo pasado preconizaban que se constituyera autoritariamente una caja de ahorros para las prostitutas¹⁸.

Podemos incluso preguntarnos en qué medida un cierto número de esos jóvenes errantes no encuentran precisamente, en algunos servicios sociales, interlocutores que vienen a pagar en cierto modo esta deuda previa. Pero el fracaso correlativo de estos encuentros podría igualmente ser imputado al hecho de que el objeto de esta deuda les resulta inaccesible, indecible, y por esta razón, invaluable por fuera de la reivindicación en la cual esos sujetos se sostienen. Es por eso que en regla general un psicoanálisis les es inaccesible, porque se trata de un contrato en el que se invita al sujeto a ceder sobre el goce

de su síntoma. Ahora bien, lo que demandan, lo que exigen estos sujetos es más bien que su deuda previa sea liquidada... mágicamente, ya que para ellos todo contrato no hace más que retirar un engaño de! que han' sido, incluso antes de haber cobrado o percibido, los engañados.

De un engaño al otro

Hay un punto sobre el cual J. Lacan, (a propósito de ese maravilloso texto sobre la adolescencia que es EI. despertar de la primavera de Wedekind¹⁹) ha hecho, según mi parecer, avanzar mucho sobre la problemática de la errancia. Es el de la paradoja de que si el ser humano siempre es la presa de un cierto tipo de errancia, habría en el fondo buenas y menos buenas. Hay una errancia fundamental por el hecho mismo que el ser humano se guía a ciegas por los significantes. Pero lo que hace que las consecuencias sean más o menos dramáticas de tal o cual tipo de errancia, es una elección subjetiva que pondrá en juego el ser mismo del sujeto. Para resumir, habría dos aspectos relativamente diferenciados en las conductas de errancia a las cuales estamos confrontados.

1) Una estructura simbólica que se encarna en el fantasma, un lugar asignado al sujeto por el deseo del Otro.

2) Una elección alienante que el sujeto ha realizado, que es la de no hacerse cargo o incluso rechazar todo lo que pueda vincular su deseo con la ley (rol de la función paterna).

Hay una errancia fundamental por el hecho mismo que el ser humano se guía a ciegas por los significantes

Toda una gama de comportamientos puede aparecer, que va desde la búsqueda de una función mediadora (fuga para hacer un llamado a otra persona de la familia) hasta una suerte de denuncia, de reivindicación, incluso de rechazo total. Estas elecciones son claramente visibles en las conductas de errancia, en la medida en que se presentan esencialmente con la estructura de una pregunta, que tortura al sujeto y ante la cual no encuentra una respuesta. Pero esta pregunta, paradójicamente, ya es una toma de posición, un comienzo de respuesta. Por supuesto, esta respuesta incontestable no es la buena. Pero el sujeto todavía se encuentra en la errancia, y si no se ha embargado aún en certidumbres más fuertes (como la de una criminalidad organizada) es porque en el fondo duda un poco. Como decía Winnicott, "aún queda una esperanza". Se pregunta, si a pesar de todo, el dios Mahadéo no se equivoca un poco... Es ahí, me parece, que podemos intervenir, y que una maniobra es posible para un cierto número de casos.

¿Qué se trata de obtener? Para mí, se trata de demostrarle al sujeto que existe una instancia en la cual se puede apoyar, una instancia que invalida al dios oscuro (en EI despertar de la primavera de Wedekind²⁰, se trata del "hombre enmascarado"). Se trata de invitar al sujeto a retirar su confianza de este dios oscuro y por ende de relativizarlo, mostrarle que es una construcción fantasmática y que lo que quiere es su pellejo, que en el fondo apunta a otra cosa que a su propia destrucción. Para ello, evidentemente, habrá que localizar en qué de su bagaje simbólico el sujeto se puede apoyar, con qué fuerzas puede contar para separarse de ese dios oscuro.

Efectos de báscula

Así como Winnicott (1956)²¹, o Aichhorn (1959)²² consideraban que las "conductas antisociales" que describían podían encontrarse en todas las estructuras clínicas, de igual modo, la errancia se puede constatar en sujetos que presentan tipos clínicos variados, con posiciones evidentemente diferentes; es lo que quisiera mostrar a partir de algunos ejemplos, y agradezco a los practicantes que han querido comunicarme sus preciosas observaciones.

¿Qué se trata de obtener? Para mí, se trata de demostrarle al sujeto que existe una instancia en la cual se puede apoyar, una instancia que invalida al dios oscuro

La errancia puede presentarse en una estructura neurótica y hacer actuar los resortes fundamentales. Así tal sujeto, mortificado por un padre omnipresente en el hogar aunque incapaz de conservar un empleo fijo, controlando incesantemente el mínimo gesto y obrar de su hijo, al punto de constituir un superyo devastador forzándolo a deambular horas y

horas sin rumbo fijo. Durmiendo apenas algunas pocas horas cada noche, el desdichado corre de empleador en empleador, actuando sin parar las escenas conflictivas que lo encadenan a su genitor, forzado a una mitomanía que no hace más que perjudicarlo anulará por otra parte un encuentro que había sido organizado entre los miembros del equipo y su padre, aterrorizado por la idea de los efectos que éste podría producir. Parece a tal punto obsesionado por los controles de billete que logró hacerse interpelar sin billete de transporte un número considerable de veces (llegando incluso a hacerse multar cuando tenía un billete válido) al punto de acumular multas por miles y miles de francos, lo que sólo una negociación extremadamente rigurosa, cautelosa, logró hacer cesar.

Lo mismo que una joven que se prostituía en condiciones particularmente dramáticas es acosada por un personaje materno vagabundo, a la cual le entrega una parte del dinero de la prostitución. Esta joven se presentó largo tiempo de una manera casi maníaca, abordando a los pasantes, como si no existiera distancia alguna entre ella y el otro, en una suerte de búsqueda afectiva sin fin. En el curso del tratamiento, llega a deshacerse un poco de la influencia fantasmática de ese personaje materno devorante, va a hacer un viraje hacia una conducta casi ascética, descubriendo una vocación de enfermera enteramente consagrada a su trabajo, invirtiendo completamente el peso intacto del insaciable superyo materno, y **abordando ahora las cosas de un modo radicalmente diferente.**

La errancia puede responder a una problemática psicótica como lo había notado Foville²³ en su célebre artículo "Los alienados migradores". Así, tal joven, en quien una psicosis alucinatoria pudo pasar inadvertida por su entorno durante largo tiempo, permitiéndole conservar sus trabajos sin que nadie aparentemente dudara de algo durante largos periodos, cortados por episodios de "excesos" más o menos extensos, que tenían visiblemente una función terapéutica. El delirio se desarrolló durante largo tiempo sin hacer mucho ruido, centrado alrededor de la idea de que ella era una rata de laboratorio, y que un cierto número de instancias secretas habían decidido experimentar sobre ella; los temas delirantes se agravan, al punto que acosada por tales alucinaciones amenaza con reventarse los tímpanos; se aísla en la habitación de un centro para jóvenes trabajadores, presa del delirio, y deviene cada vez más apragmática; hospitalizada luego de largas negociaciones gracias a un educador en el que ella conservó milagrosamente su confianza, logra salir casi inmediatamente del hospital, haciéndoles creer que sufría crió simple depresión a causa de una decepción amorosa. Reinternada luego de una brutal agravación delirante, va a estabilizarse prestando poderes mágicos a su terapeuta, a quien juzga capaz de detener el complot del cual no dudó un solo instante que continuaba tramándose contra ella. Su delirio está claramente articulado al sentimiento de que la pueden "dejar caer" en el vacío, hacia un ser de deshecho, o más precisa-mente de roedor, lo que la actividad de los educadores durante largo tiempo logró refrenar.

La errancia igualmente puede presentarse en una estructura perversa —quiero precisar que por perversión no signifique nada de lo peyorativo como tampoco una connotación-moral, hay que disipar absolutamente toda una serie de malentendidos. Es cierto que, como lo han mostrado los trabajos de Jean Delay sobre André Gide²⁴, o de Raczynmov sobre Maurice Sachs²⁵, tales perversiones son de modo característico el resultado de carencias simbólicas del entorno del sujeto, incluso si, por otro lado, ellas son propias a realizaciones artísticas a menudo muy notables.

Si estas carencias están como esfumadas en los casos más favorables, al punto de no dejar aparecer la figura de "monstruos sagrados", según la expresión de Jean Delay, las más de las veces tratamos sujetos en quienes ésta se traduce en comportamientos de prostitución particularmente perjudiciales, sobre todo en este periodo de epidemia de SIDA.

A menudo se ha puesto en duda que tales sujetos puedan tener una demanda que sea realmente tratable, siendo consideradas las prácticas perversas como un impedimento radical.

Algunos parecen incluso considerar que los sujetos perversos no demandan nada, y que encuentran en sus prácticas perversas la solución de todos sus problemas. En el fondo, si se les cree, los perversos serían los únicos sujetos que no tendrían razón alguna de lamentarse ni de quejarse. Ahí no se trata más que de un punto de vista muy estrecho, por no decir una tontería consumada. Me parece, al contrario, que los practicantes que han encontrado estos sujetos, pueden testimoniar la angustia y el sentimiento de derelicción (***) que aparece tan frecuentemente en ellos. Así, André Gide hablaba de su sentimiento de ser "separado, forcluído", de las violentas crisis de angustia que podían tomarlo (que él mismo designaba con el término alemán Schaudern)²⁶.

Nuestra preocupación es sobre todo que el destino de estos sujetos sea menos catastrófico, y que el sentimiento de estar condenados, que acompaña frecuentemente su existencia en nuestros días, no les impida hacer justicia por la necesidad de tener acceso a los cuidados de los que tienen derecho, principalmente cuando son seropositivos.

A través de los diferentes casos que han venido a consultarnos, y' apoyándonos sobre diversos relatos biográficos que disponemos (de escritores como Jouhandeu, Maurice Sachs, André Gide, Montherlant, etc.) parece que podemos contar con diferentes elementos en el momento de la "prise en charge" (***). De un lado, las prácticas perversas (cuando se trata de estructura perversa) tienen a menudo como tela de fondo una derelicción localizada en las relaciones de la pareja prental,' en el sentido de que se le vuelve imposible al sujeto posicionarse con respecto a su sexo: rigor puritano, frialdad glacial y legisladora, angustia a hacer daño a cada instante como la madre de Gide, que no podía descentrar la distracción paterna, y que lo que sólo podía atemperar era el cuidado atento que ponía en la educación de su hijo, en quien toda veleidad de afirmarse como ser sexuado era perseguida, hostigada. En la madre de Maurice Sachs, rechazo masivo de ese hijo así como un rechazo total a hacerle conocer todo aquello que pudiera tocar el ser paterno. En la madre de uno de nuestros pacientes, encontraron una manipulación a cada instante, que en cierto modo agrava la conducta francamente delincuente del padre desvalorizado en tanto que inmigrante.

Nuestra preocupación es sobre todo que el destino de estos sujetos sea menos catastrófico

Según otro sujeto, su madre, abierta y repetida-mente, había expresado el deseo de que su hijo se prostituyese para vengarla y "sonsacar el dinero a los hornbres' . Y de hecho, es en respuesta a estas constelaciones que el deseo va a renacer, en sus constelaciones atípicas. Por ejemplo, en Gide ante "los jóvenes de piel morena bañándose bajo el sol". Para uno de nuestros pacientes, el deseo renace en un arranque de venganza contra un padre aborrecido, con un anhelo de ser al fin apreciado y amado por sus compañeros. Pero en el fondo, sobre aquello que podemos contar, me parece, incluso en los sujetos más gastados, es con el hecho de que muchos de entre ellos buscan un modo de neutralizar esta maldición parental. Parece que una cierta estabilización se puede esperar de una idealización que relativice esta maldición, y recrear el derecho de existir. Si es cierto como lo exige Freud que, la estructura de la perversión está sujeta a la del fetiche, habría entonces que contar con la posibilidad de una estabilización a través de la elección de un fetiche. Así el encuentro con Madelaine, para Gide, elevada al rango de un ángel al lado de quien el autor de *Et nunc manet in te*²⁷, intervendrá en posición femenina, ha podido taponar los efectos de la maldición del deseo. Entre los periodos de franco vagabundear parece que ciertos mecenas han jugado el mismo rol para Maurice Sachs. Quizás habría que recordar cómo la pederastia durante largo tiempo ha sido practicada como una suerte de ascetismo pedagógico. Podríamos también recordar cuántos han sido los perversos que se han erigido paradójicamente como legisladores²⁸, para así darnos cuenta hasta dónde estos sujetos pueden demandar un punto de anclaje para atenuar, por poco que sea, su deriva. Así, tal sujeto, prostituído y seropositivo, ha podido después de continuas gestiones junto al servicio donde venía incesantemente a verificar el estado de su ropa, que dejaba en

el depósito, circulando durante largos ratos por diferentes lugares (en el baño, en la alacena), aceptar querer curarse gracias al intenso trabajo de una educadora. Nos parece que esta educadora, con su trabajo atento, corregía los efectos más desfavorables del personaje materno (el personaje de Madelaine para André Gide), permitiendo a este joven sujeto "ocuparse al fin de él mismo" (según su propio decir) en vez de prostituirse en condiciones dramáticas.

A modo de conclusión

Si finalmente el comportamiento de nuestros sujetos "errantes" nos parece que resulta de un entorno simbólico que induce a hacer elecciones forzadas, el impasse en el que se encuentra el sujeto provoca una anulación de todas las formas de intercambio – incluyendo por supuesto los intentos de reinserción social. La cuestión parece ser, en el tratamiento, poder llevar al sujeto de nuevo a su elección en la que se encontró precipitado, y que lo condena, en el fondo, a una suerte de muerte psíquica. Se trata entonces de hacer nacer, de marcar la contingencia ahí donde el sujeto se ve encadenado a una necesidad ciega, en un universo deshabitado y desértico. En tal caso, la errancia tendrá la posibilidad de volver a ser lo que es para cada uno de nosotros: el teatro de su deseo.

* Esta conferencia fue realizada en un coloquio dirigido a educadores que se ocupan de jóvenes adultos prostituidos y toxicómanos

- 1 Sleeman, CD. Citado en Jean Baechler (1981), *Les suicides*, Calman-Lévy, París
 - 2 Boch y Warburg (1975), *Dictionnaire étymologique de la langue française*, PUF, París
 - 3 De Vaux de Foletier, F. (1961), *Les Tziganes dans l'ancienne France*, Connaissances du Monde
 - 4 Geremek, B. (1990), *Les fils de Caïn*, Flammarion
 - 5 D'Ormesson, J. (1990), *Histoire du juif errant*, Gallimard
 - 6 Knecht, E. *Le mythe du juif errant*, Presses Universitaires de Grenoble, 1977
 - 7 Novalis, Henri d'oterdingen, in *Oeuvres complètes*, Chamisso, A. Von, Peter Schlemihl, Aubier
 - 8 Dubet, F. (1985), *La galère*, Fayard
 - 9 Aichhorn, A. (1971), *Jeunesse à l'abandon*, Payot, París
 - 10 Abraham, K. (1925), *Histoire d'un chevalier d'industrie*, in *Oeuvres complètes*, Payot, 1966
 - 11 Poe, E. A. (1989), "De l'escroquerie considérée comme un des beaux arts" (primera edición 1843) in *Conyes, essais, poèmes*, Laffont
 - 12 Winnicott, D. W., "Les comportements antisociaux", in *De la pédiatrie à la psychanalyse*, Payot, París, 1976
 - 13 Menninger, K. A. (1938) *Man against himself*, Harcourt Broce Jovanovich
 - 14 Winnicott, D. W. *De la pédiatrie à la psychanalyse*, op. cit.
 - 15 *Survie et institution: à propos d'une conférence de D.W. Winnicott* in Broca, F., Cremiter, D., Kaufmant, Y., Vaissermann, A., Wartel, R., Sauvagnat, F., *Psychose et création actualité de l'Ecole anglaise*, GRAPP, París, 1990
 - 16 Winnicott, D.W., (1952), "Objets et phénomènes transitionnels", in *De la pédiatrie à la psychanalyse*, Payot, París, 1976
 - 17 Winnicott, D.W. (1956), "La ficelle", in *De la pédiatrie à la psychanalyse*, Payot, París, 1976
 - 18 Corbin, A., (1987), *Les filleá de voces*; Plan, París
 - 19 Wedekind, F. (1974), *L'evil de prindefemps*, tr. Fra. ; cf. également Sauvagnat, F., *Destins d'adolescence*, Presses Universitaires de Rennes, 1992
 - 20 Wedekind, F., *Ibid*
 - 21 Winnicott, D.W., *De la pédiatrie à la psychanalyse*, op. cit.
 - 22 Aichhorn, A., (1964), *Delinquency and Child Guidance*, international university Press
 - 23 Foville, A., (1875) "Les aliénés voyageurs ou migrants, étude de certains cas de lypémanie" in *Annales médico-ps ycologiques*
 - 24 Delay, J., *La jeunesse d'André Gide* (dos tomos, Gallimard, 1958)
 - 25 Raczymov, H., *Maurice Sochs*, Gallimard, 1988
 - 26 Cf. la discusión de este término en la obra de J. Delay (Tomo 1, nota 21)
 - 27 Gide, A., "Et nunc manet in te", in *Carnets*, T.II. Ed. de la Pléiade
 - 28 Cf. principalmente las posiciones "éticas" de Montherlant respecto a las muchachas en flor. Montherlant, H., de "Les leunes filies" in *Oeuvres*, Ed. de la Pléiade
- (*) N. de T.: Primera posesión no-yo.
(**) N. de T.: Del verbo derelinquir, des-amparar, abandonar.
(***) N. de T.: Literalmente, hacerse cargo. Se trata de designar la actividad de los educadores, contiene un aspecto "terapéutico" además del aspecto educativo.

Traducción Marina Lusa

Texto publicado en la revista *Registros*. Tomo Verde, año cinco. Buenos Aires